

LA LEVEDAD DE UNA PARTIDA
(En memoria del arquitecto José Luis Fernández del Amo)
a Beatriz López-Gil

Por

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

Con la muerte reciente del arquitecto y académico José Luis Fernández del Amo (1914-1995) desaparece del panorama de nuestro entorno cultural una personalidad un tanto difuminada del significativo papel que su rica y aguda sensibilidad tuvo para con el desarrollo de las actividades plásticas que llevaron a cabo las vanguardias españolas en aquellas décadas inciertas de la posguerra.

El arquitecto José Luis Fernández del Amo percibió con gran intuición, el tiempo de impronta regresiva de una época sin auroras. Hombre de talante generoso, se enfrentó con tolerancia intelectual ante las críticas ingratas hacia toda corriente innovadora. Su proceder intelectual trató de neutralizar el sectarismo ideológico de unos tiempos complejos y desairados. Disidente apacible, su mérito creo yo, fue introducir en los acantilados de aquel archipiélago oscuro, el espíritu de las vanguardias plásticas, cuyo ideal estético configura por aquellos años en España, un mundo nuevo de estímulos y vivencias que con sus destellos iluminó una realidad cultural más propicia a los modernos horizontes europeos.

La figura de José Luis Fernández del Amo y su acción se orienta sin duda a la creación y dirección del primer Museo de Arte Contemporáneo en España y sobre todo en abrigar y difundir las claves y principios estético-sociales de las vanguardias y los valores espirituales que lleva implícita la nueva obra de arte. Un encuadre profesional de urgencia, situaría a Fernández del Amo como un arquitecto que trata de recuperar los presupuestos simbólico-espaciales del magisterio que encierra la arquitectura popular, frente a las desviaciones que habían tenido lugar en España como consecuencia, primero de la crisis del 98 y más tarde con la ruptura de las corrientes modernas y del pensamiento

racionalista en la Europa de los años cincuenta. Bajo esta perspectiva de somero análisis historiográfico, Fernández del Amo, junto con J. Antonio Coderch, M. Valls, M. Fisac..., tratarían de recuperar en estas tramas de lo popular algunos de los postulados espaciales y compositivos que llevaban implícito el Movimiento Moderno en Arquitectura en sus diferentes códigos estilísticos, emancipándose así, de los delirios del “nacionalismo imperial” que construía la arquitectura del “nuevo régimen”.

Como ya señalé en ocasión lejana en torno a la obra como arquitecto de José Luis Fernández del Amo. Si El Escorial se intuía como estilo de la década de los cuarenta, la Alhambra podía contemplarse como un método. Si el conjunto escorialense, arrebatado por una usurpación simbólica apresurada, había sido destinado a reproducir mediante la copia los nuevos estereotipos oficiales, la Alhambra debería proporcionar desde una lectura distanciada de la óptica romántica, un encuentro permisivo con los axiomas y postulados de la modernidad racionalista europea. Allí se podría encontrar la racionalidad constructiva de los contenidos espaciales, el repertorio orgánico en el discurrir de sus plantas, la superación áulica del espacio interior y exterior, adecuación al medio natural, la funcionalidad de los materiales, la libertad de la forma y una interpretación de la caja espacial, de acuerdo con los dictados que el cubismo había señalado como requisito indispensable para abordar el proyecto moderno de la arquitectura.

Es a partir de este encuadre donde, a mi juicio, pueden explicarse los trabajos de Fernández del Amo en sus dos vertientes más significativas, los trazados y arquitecturas de los nuevos poblados rurales y la espacialidad de su arquitectura religiosa. En sus pueblos, independiente de su incongruencia sociológica, concibe el espacio como un lugar de sensaciones plásticas muy afín con la abstracción simbólica y estilización geométrica de la cultura campesina. Su diseño discurre por la adición de volúmenes de marcada linealidad abstracta, más que por un conjunto de masas a los que se añaden las referencias estéticas, la secuencia de planos cristaliza la espacialidad del dentro y el fuera, la unidad del material hará homogéneo el conjunto, adoptando a la topografía del lugar todas las secuencias del espacio. La casa contemplando el cerro o rellenando la vaguada, incorporando sin reticencias lo natural al artificio, la razón geométrica al substrato orgánico.

El otro parámetro del espacio arquitectónico en el que trabajaba Fernández del Amo, el espacio religioso, refleja con gran nitidez la dificultad que el

arquitecto moderno tiene para configurar desde la abstracción espacial el valor simbólico en lo arquitectónico y el esfuerzo que debe realizar desde el proyecto para obtener desde la manipulación de la materia, la cualidad del nuevo sentimiento del espacio. Esta dificultad y esfuerzo tratará de superarlo recurriendo al lenguaje que le ofrece la plástica moderna, lenguaje donde el sentimiento y la libertad de expresión se hacen más elocuentes y arriesgan con actitud más iconoclasta mayores aventuras innovadoras. En sus proyectos para las iglesias no excluirá desde los primeros trazos, la seducción plástica de las incipientes vanguardias, artistas y artesanos incorporan sus gestos epigráficos en el muro, más como textura que como ornato descriptivo, superando en estas singulares aportaciones del espacio religioso, la dualidad entre arquitectura y decoración, entre estructura espacial y ambientación, dualidades que excluyen y disocian la realidad del espacio arquitectónico.

Pero la discreta personalidad del académico J.L. Fernández del Amo, a pesar de las consideraciones antes señaladas, la veo algo alejada de la investidura escueta del arquitecto. En la percepción más nítida que aún retengo de aquellos tiempos, me parece sentirla más próxima al ejercicio anónimo del poeta. El poeta como se sabe, no posee existencia muy precisa en esta vida. Su quehacer está como alejado del perverso eco con que nos fustiga lo real y su destino parece estar ligado a desentrañar la mirada más profunda que encierra el acontecer de la existencia. Estas dos circunstancias, ocupan al poeta en ese oficio de nombrar, nombrar con asombro, las relaciones de los hombres con las cosas, de manera que entretenido en estos itinerarios imaginativos, su vida discurre tangente a las contingencias materiales y en los márgenes donde se reparten halagos y galardones. Su título, como tal, el de poeta, no llega a otorgársele hasta que la muerte anuncia su ausencia y es precisamente este vacío el que nos hace evidente el sentir de lo que fue su mirada poética.

La persona de José Luis Fernández del Amo se perfila para mí, como la figura de un hombre convencido que la vida como aquellos espacios que construyen los hombres, no traducen con plenitud los contenidos del ser que los habita y que tal vez la coherencia total, en el caso de que exista, se deba encontrar en otros lugares y convenga tener en cuenta otras circunstancias imaginarias.